

—Prométeme, Eponina, que no dirás á tu padre dónde vive.

—Cómo sabeis que me llamo Eponina? exclamó la jóven volviéndose hácia él admirada.

—Prométeme lo que te digo!

Ella parecia no oírle y ensimismada repuso:

—Esto es muy raro. ¡Haberme llamado Eponina!...

Mario la asió á la vez por los dos brazos y la dijo con vehemencia:

—¡Respóndeme en nombre del cielo y atiende lo que te digo! ¡júrame que no dirás sus señas á tu padre!

—A mi padre? no, no se lo diré, tranquilizaos. Ahora está incomunicado. Además, yo no me ocupo de mi padre.

—Me lo prometes?

—Soltadme! exclamó ella, echándose á reír; que me estais sacudiendo!... Os lo prometo, os lo juro; ¿qué me importa eso? No diré sus señas á mi padre; ¿no es esto lo que quereis?

—Ni á nadie, añadió Mario.

—Ni á nadie.

—Ahora acompáñame á su casa.

—En seguida?

—En seguida.

—Venid... oh! qué contento vá! dijo para sí la jóven.

Empezaron á andar y ésta se paró á los pocos pasos.

—Me seguis demasiado cerca, señor Mario. Dejadme ir delante y que parezca que no venís tras de mí. No deben ver á un hombre decentemente vestido con una mujer como yo.

Es imposible explicar lo que expresaba la palabra mujer pronunciada por aquella criatura.

Dió unos cuantos pasos más y se detuvo otra vez: Mario la alcanzó: ella le dirigió la palabra de lado y sin volverse hácia él.

—A propósito, le dijo, recordais haberme prometido una cosa?

Mario se registró los bolsillos. Solo poseia los cinco francos que destinaba para Thenardier; los sacó y se los puso á Eponina en la mano. Ella abrió los dedos, dejó caer en tierra la moneda, y dijo con aire sombrío, mirando á Mario:

—No quiero dinero vuestro.

LIBRO TERCERO.

La casa de la calle Plumet.

I.

La casa del secreto.

A mediados del siglo anterior, un presidente togado del Parlamento de Paris tenia una querida, y queriendo ocultarla (porque en aquella época los grandes señores ostentaban sus mancebas y los pequeños las ocultaban), hizo construir "una casita," en el arrabal de San German, en la desierta calle de Blomet, que hoy se llama Plumet, y cerca del sitio que se llamaba entonces *El combate de animales*.

Se componia esta casa de un pabellon de un solo piso; tenia dos salas en el bajo y dos cuartos en el principal; cocina en aquel y gabinete de tocador en éste; debajo del tejado habia un granero, y precedia al edificio un jardin con gran verja que daba á la calle. El jardin, de la extension de media fanega de tierra, era lo único que los transeuntes podian ver al pasar; pero detrás del pabellon habia un patio pequeño y en el fondo una habitacion baja, que constaba de dos piezas sobre un sótano; era una especie de secreto destinado á ocultar en caso necesario á un niño y á una nodriza. Dicha habitacion comunicaba por la espalda por una puerta disimulada que se abria por medio de un secreto, con un pasadizo largo, empedrado y tortuoso, á cielo abierto, que costeaban dos altas paredes, cuyo pasadizo, oculto con arte prodigioso y como perdido entre las cercas de los jardines y sembrados, á lo largo de sus vueltas y recodos terminaba en otra puerta, tambien secreta, que se abria á medio cuarto de legua de allí, casi en otro barrio, á la extremidad solitaria de la calle de Babilonia.

El referido presidente entraba por allí; de modo que, aunque le siguiesen ó le espiasen y observaran que iba todos los dias misteriosamente á alguna parte, nadie hubiera podido sospechar que ir á la calle de Babilonia era ir á la de Blomet. Por medio de hábiles compras de terrenos, el ingenioso magistrado pudo abrirse el camino secreto en sus posesiones. Despues dividió en pequeños

trozos para jardines y huertas los terrenos lindantes con el pasadizo, y los propietarios de dichos terrenos creian tener una pared medianera por ambos lados, y ni sospechaban la existencia de aquella vereda, que serpenteaba entre dos paredes por entre las platabandas y vergeles. Solo veian los pájaros aquella curiosidad.

El pabellon era de piedra del estilo de Mausard; artesonado y amueblado á la Wateau; rocalla por dentro y peluca por fuera, circunvalado por un triple seto de flores. Su aspecto era discreto, elegante y solemne, adecuado al capricho amoroso de un magistrado.

La casa y el pasadizo, que han desaparecido ya, existian aun hace quince años.

En 1793 un calderero compró la casa para derribarla, pero como no pudo pagar los plazos, la nacion lo declaró en quiebra, de modo que la casa lo derribó á él. Despues quedó deshabitada y fué anunciándose lentamente, como todos los edificios á los que no comunica la vida la presencia del hombre. Permaneció amueblada con los antiguos muebles y arruinándose; la querian vender ó alquilar, pero esto solo lo sabian las diez ó doce personas que al año pasaban por la calle Plumet por el anuncio de un cartel amarillo é ilegible, que estaba colgado en la verja del jardin desde 1810.

En el último año de la Restauracion, los transeuntes notaron que el anuncio habia desaparecido y que estaban abiertos los postigos del primer piso. En efecto, la casa estaba ocupada; las ventanas tenian cortinillas, señal de que habitaba allí alguna mujer.

En Octubre de 1829 se presentó un hombre de edad y alquiló la casa amueblada como estaba, incluyendo, por supuesto, la habitacion de detrás y el pasadizo que terminaba en la calle de Babilonia, é hizo restaurar las aberturas secretas de las dos puertas de dicho pasadizo. Hizo tambien algunas reparaciones, poniendo lo que faltaba aquí y allá, como adoquines en el patio, baldosas en los suelos, escalones en la escalera, planchas en los entablados y cristales en las ventanas. Se instaló allí con una jóven y una criada vieja, sin mover el menor ruido, más como el que se escurre que como el que entra en su casa. No murmuraban de esto los vecinos, porque no los habia.

El silencioso inquilino era Juan Valjean y la jóven Cosette. La criada vieja,

una solterona que llamaban la tia Santos y que Juan Valjean habia sacado del hospital y de la miseria; era provinciana, tartamuda y anciana, tres cualidades que decidieron á Juan Valjean á tomarla para su servicio. Alquiló la casa á nombre del señor Fauchelevant, rentista. Anteriormente el lector tardaria menos en reconocer á Juan Valjean que tardó Thenardier.

¿Por qué habia abandonado el convento del Pequeño Picpus? ¿Qué habia sucedido? Nada extraordinario.

El lector recordará que Juan Valjean era feliz en el convento; tan feliz, que su conciencia acabó por alarmarse. Viendo á Cosette todos los dias sintió desarrollarse en él poco á poco el sentimiento paternal; cubria con su alma aquella niña, y se decia que era suya, que nadie podria quitársela y que siempre seria así; que Cosette llegaria á ser monja, viéndose continuamente tan instada á serlo, de modo que el convento seria el universo para él y para ella; él moriria allí, y ella creceria, envejeceria y moriria allí tambien, y como última y consoladora esperanza no era posible separarlos nunca. Al mismo tiempo que pensaba esto vino á caer en nuevas perplejidades. Preguntóse á sí mismo si esa soñada felicidad era nada más la suya ó era tambien la de otra persona; es decir, la felicidad de la niña á quien él, apoderándose de ella, la confiscaba. ¿No era esto un robo?

Confesábase que esa niña tenia derecho á conocer el mundo antes de renunciar á él; que privarla de antemano y sin consultarla de todos los goces, con el pretexto de salvarla de todas las pruebas, aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella vocacion artificial, era desnaturalizar una criatura humana y engañar á Dios. ¿Quién sabe si Cosette, reflexionando algun dia sobre todo esto y encontrándose monja con disgusto, llegaria á odiarle? Este pensamiento era casi egoísta y menos noble que los demás, pero insoportable para Juan Valjean.

Resolvió, pues, abandonar el convento. Se decidió, conociendo con pesadumbre que era necesario.

Sus cinco años de encierro y de desaparicion en aquellos claustros debian haber destruido ó dispersado necesariamente los elementos de temor; podia volver á vivir con tranquilidad entre los hombres; además, estaba viejo y desconocido. ¿Quién era capaz de reconocerle

ya? Aun poniendo su situación en el peor caso, solo él corría peligro, pero no tenía derecho para condenar á Cosette al claustro porque á él le hubiesen condenado á presidio. Por otra parte, ante el deber no debe mirarse el peligro, y para evitarlo sería prudente y tomaría sus precauciones.

La educación de Cosette era ya completa.

Después de resolverse Juan Valjean, solo esperó la ocasión, y ésta no tardó en presentarse; murió el tío Fauchelevent.

Juan Valjean pidió una audiencia á la reverenda priora, en la que dijo que habiendo recibido á la muerte de su hermano una modesta herencia que le permitía vivir sin trabajar, pensaba dejar el servicio del convento y llevarse á su nieta; pero que como no era justo que se educara gratuitamente á Cosette no pronunciando el voto, suplicaba á la reverenda priora que le permitiese ofrecer á la comunidad la cantidad de cinco mil francos, como indemnización de los cinco años que Cosette había pasado en el convento.

De este modo salió Juan Valjean del convento de la Adoración perpétua.

Al dejar aquellos claustros se llevó en brazos, sin querer entregarlo á ningún mozo, el pequeño baul cuya llave llevaba siempre encima, y que inquietaba á Cosette por el olor embalsamado que despedía. El baulito nunca se separó de Juan Valjean; siempre le tenía en su cuarto. Era lo primero y alguna vez lo único que trasladaba en sus mudanzas. Cosette se reía y le llamaba el *inseparable*, diciendo:—“Le tengo celos.”

Juan Valjean, cuando se vió al aire libre, experimentó profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y se quedó con ella, y además con el nombre y apellido de Último Fauchelevent.

Al mismo tiempo alquiló otras dos casas en París, con el objeto de llamar menos la atención no viviendo siempre en el mismo barrio, de poder ausentarse al tener el menor recelo, y no encontrarse desprevenido como la noche que escapó milagrosamente de Javert. Las otras dos casas eran dos edificios feos y de miserable aspecto en barrios separados uno de otro; tenía alquiladas una casa en la calle del Oeste y otra en la del Hombre-armado.

Iba de vez en cuando á una casa y á otra, á pasar un mes ó seis semanas con Cosette, sin llevar á la tía Santos. Le

servían los porteros y pasaba por ser un rentista de las cercanías que tenía aquel apeadero en la capital. Juan Valjean, esto es, aquella gran virtud, tenía alquiladas tres casas en París para huir de la policía.

II.

Juan Valjean guardia nacional.

Casi siempre vivía en la calle Plumet, en cuya casa había organizado su existencia del siguiente modo:

Cosette, con la criada, ocupaba el pabellón; tenía la alcoba principal con entrepisos pintados, el gabinete de molduras doradas, el salón del presidente adornado de tapicería y con grandes sillones, y el jardín. Juan Valjean mandó poner en el cuarto de Cosette una cama, una colgadura de damasco antiguo de tres colores y una hermosa alfombra de Persia, antigua también, que compró en la calle de Fiquier-Saint-Paul, en casa de la tía Gaucher: para evitar la severidad de estas magníficas antigüedades combinó con esta prendaría todos los muebles graciosos y elegantes de las jóvenes, el tocador, la estantería de libros dorados, la papelería, el costurero incrustado de nácar, el *nécessaire* sobredorado y la palangana de porcelana del Japon. Grandes cortinajes de damasco de fondo rojo de tres colores, semejantes á los de la cama, colgaban ante las ventanas del primer piso; en el de bajo había colgaduras de tapicería. Todo el invierno estaba caldeada de arriba á abajo la habitación de Cosette.

Juan Valjean ocupaba la especie de portería que había en el fondo del patio, en la que tenía un colchón sobre una cama de tijera, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un jarro de loza, algunos libros en un estante y el baulito en un rincón; allí nunca se encendía lumbre. Comía con Cosette, pero había en la mesa siempre un pan de centeno para él. El día que entró á servirle la tía Santos, la dijo:—La señorita es el ama de la casa.—Y vos, señor? le replicó estupefacta la tía Santos.—Yo soy mucho más que amo; soy su padre.

Cosette en el convento había aprendido á gobernar la casa, y arreglaba los gastos, que eran muy modestos. Todos los días llevaba del brazo Juan Valjean á Cosette á pasear. La llevaba al Luxemburgo, á la alameda más solitaria, y los domingos á misa, siempre á Santia-

go de Haut-Pas, porque estaba muy lejos de su morada. Como aquel barrio era muy pobre, daba muchas limosnas, y los desgraciados le rodeaban en la iglesia, poniéndole el título que Thenardier le dió: *Al señor Bienhechor de la iglesia de Santiago*. Llevaba á Cosette á visitar á los pobres y á los enfermos. En la casa de la calle Plumet no entraba ningún extraño; la tía Santos llevaba las provisiones y Juan Valjean iba por sí mismo á traer agua de una fuente inmediata. Guardaban la leña y el vino en un espacio medio subterráneo, tapizado de conchas, que estaba cerca de la puerta que caía á la calle de Babilonia, y que en otros tiempos sirvió de gruta al señor presidente, porque en las épocas de las locuras y de las casitas no había amor sin gruta.

En la puerta escusada de la calle de Babilonia había una de esas cajas-buzones que sirven para recoger cartas y periódicos; pero como los tres habitantes de la calle Plumet no recibían periódicos ni cartas, utilizaban esta caja, mediadora en otros tiempos de amorceillos de un gollilla petrimetre, para los avisos del cobrador de contribuciones y para las papeletas de guardia; porque el señor Fauchelevent, rentista, era guardia nacional, y no pudo escaparse de las apretadas mallas del censo de 1831.

El empadronamiento municipal llegó en aquella época hasta el convento del Petit-Picpus, que fué una especie de concha impenetrable y santa, de la que Juan Valjean salió venerable á los ojos del alcalde de barrio, y por consiguiente digno de pertenecer á la Guardia nacional.

Juan Valjean se vestía de uniforme y entraba tres ó cuatro veces al año de guardia, y esto le agradaba, porque el uniforme era para él correcto disfraz que le hacía tratar á todo el mundo y le permitía, sin embargo, permanecer solitario.

Juan Valjean acababa de cumplir sesenta años, que era la edad de la excepción legal, pero aparentaba unos cincuenta; por otra parte, no deseaba librarse de su sargento mayor y disputar con el conde de Lobau. Como carecía de estado civil, ocultaba su nombre, su edad, su identidad; lo ocultaba todo, y como dijimos, era un guardia nacional de buena voluntad. Su ambición era semejante á cualquiera que pagase contribución. El ideal suyo era, en lo interior ser ángel y en lo exterior ser contribuyente.

Cuando Juan Valjean salía con Co-

sette se vestía, como ya sabe el lector, con un traje que parecía de militar retirado; cuando salía de casa solo era habitualmente de noche y casi siempre llevaba blusa, pantalón de obrero y gorra que le ocultaba toda la cara. ¿Era esto precaución ó humildad? Las dos cosas á la vez. Cosette se había ya acostumbrado al aspecto enigmático de su destino y apenas notaba las rarezas de su padre. La tía Santos veneraba á Juan Valjean y encontraba bien hecho todo lo que hacía.

Un día el carnicero, que había visto á Juan Valjean, le dijo:

—Es un hombre raro.

Ella le respondió:

—Es un santo.

Juan Valjean, Cosette y la tía Santos salían ó entraban siempre por la puerta de la calle de Babilonia, de modo que, á no verlos por la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle Plumet. Dicha verja estaba siempre cerrada, y Juan Valjean dejó inculto el jardín para que no llamase la atención.

En esto quizás se equivocaba.

III.

Follis ac frondibus.

El jardín, abandonado completamente á sí mismo hacia más de medio siglo, llegó á ser extraordinario y hermoso.

Los transeúntes de hace cuarenta años se paraban á contemplarle, sin sospechar los secretos que escondían sus verdes y frescas espesuras.

Más de un transeúnte reflexivo dejó penetrar varias veces en aquella época las miradas y el pensamiento indiscretamente al través de los hierros de aquella antigua verja, en forma de cadena, torcida, movediza y coronada caprichosamente por un frontón de indescifrables arabescos.

Había en un rincón del jardín un banco de piedra y dos estatuas cubiertas de mohos; encañados deshechos por el transcurso de los años se pudrían arrimados á la pared; no había allí ni andenes ni césped; solo abundaba la grama. Puede decirse que desapareció la jardinería, reemplazada otra vez por la naturaleza. Brotaba la mala yerba, con admirable fortuna para un pobre rincón de tierra. Los alelíos crecían libre y espléndidamente. Nada contrariaba allí el esfuerzo sagrado de las cosas hácia la vida, nada

impedia su venerable desarrollo. Los árboles estaban inclinados hasta las zarzas y las zarzas se habían subido hasta los árboles; las plantas trepaban y las ramas se encorvaban; lo que se arrastra por tierra buscaba lo que se extiende en el aire; lo que flota en el viento se había inclinado hacia lo que vive entre el musgo; troncos y ramas, hojas y fibras, tallos y zarzas, sarmientos y espinas se habían mezclado, atravesado y confundido; la vegetación, por medio de estrecho y profundo abrazo, celebraba y realizaba á la vista del Creador satisfecho, y en el espacio de trescientos pies cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana. Aquello no era ya jardín, era una maleza colosal, impenetrable como un bosque, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, sombría como una catedral, perfumada como un ramillete, solitaria como una tumba y viva como la muchedumbre.

En la primavera, aquella maleza colosal, libre dentro de sus cuatro tapias, entraba, como todo, en el sordo trabajo de la germinación universal; temblaba al salir el sol, casi como un sér animado que aspira los efluvios del amor cósmico y que siente la sávia del Abril subir y bullir en las venas, y sacudiendo al viento su prodigiosa y verde cabellera, sembraba en la tierra húmeda, en las estatuas rotas, en la escalinata desvencijada del pabellon y hasta en el empedrado de la calle desierta, trocando las flores en estrellas y el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría y los perfumes. Al medio día multitud de blancas mariposas se refugiaban allí, y era sublime espectáculo ver revolotear en copos, desde la sombra, aquella nieve viviente del estío. Allí, entre las oscuridades del verdor, multitud de voces inocentes hablaban al alma con dulzura, y lo que dejaba de decir el gorjeo de los pájaros, lo completaba el zumbido de los insectos.

Por la noche se extendía por el jardín, cercándolo, un vapor de meditación; manto de bruma, tristeza tranquila y celestial le cubrían; el perfume embriagador de las madre selvas y de las corre-güelas trasporaba en todas partes, como veneno exquisito y sutil; oíanse los últimos cantos de los pitirrojitos y de las nevatillas al dormirse entre las ramas, descubriendo la inmensidad sagrada del árbol y del pájaro. Por el día las alas alegraban las hojas y por la noche las hojas protegían á las alas.

En el invierno, como la maleza estaba negra, mojada, erizada y temblorosa, permitía ver algo de la casa al través del ramaje seco. En vez de flores en las ramas y en lugar de rocío en las flores, se veían los largos hilos de plata de los caracoles sobre el frío y espeso tapiz de las hojas amarillentas; pero siempre, bajo cualquier aspecto, en cualquier estación, aquel pequeño cercado respiraba melancolía, contemplación, soledad, libertad, ausencia del hombre, presencia de Dios.

En vano el empedrado de París se extendía alrededor por todas partes; en vano estaban á dos pasos de allí los palacios clásicos y espléndidos de la calle de Varennes, y se veía muy cerca la iglesia de los Inválidos y no lejos de allí la Cámara de los Diputados; en vano los coches de lujo de la calle de Borgoña y de la de Santo Domingo rodaban fastuosamente por las cercanías; en vano ómnibus amarillos, oscuros, blancos y rojos se cruzaban en la próxima encrucijada; en vano, porque todo lo que acabamos de decir no impedía que la casa de la calle Plumet fuera un desierto. La muerte de sus primeros propietarios, el transcurso de una revolución, el hundimiento de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de vacío á su alrededor, bastaron para producir en aquel sitio privilegiado los helechos, los gordolobos, la cicuta, las yerbas altas, las plantas rastreras grandes, de hojas anchas y de verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los insectos bulliciosos y rápidos; para hacer salir de las profundidades de la tierra y reaparecer, entre las cuatro paredes, cierta grandeza salvaje y feroz, y para que la naturaleza, que desconcierta los mezquinos arreglos del hombre y que donde puede extenderse se extiende, se desarrollara en un reducido jardín parisiense con tanta rudeza y majestad como en un bosque vírgen del Nuevo-Mundo.

Nada hay pequeño, efectivamente, y esto lo saben aquellos en los que la naturaleza penetra profundamente. Aunque la filosofía no puede de un modo absoluto ni circunscribir la causa ni limitar el efecto, el pensador cae en un éxtasis sin fondo cuando contempla los varios modos de descomposición de las fuerzas que convergen todas hacia la unidad.

Todo trabaja para todo.

El álgebra se aplica á las nubes; la

irradiación del astro es conveniente para la rosa, y ningún pensador se atreverá á asegurar que el perfume del espino sea inútil para las constelaciones. ¿Quién puede calcular el trayecto de una molécula? ¿Sabemos acaso si se crean mundos por medio de la caída de granos de arena? ¿Quién conoce el movimiento de flujo y reflujo de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, y el eco sonoro de las causas en los precipicios del sér y las avalanchas de la creación? Un arador es un sér importante: lo pequeño es grande, lo grande es pequeño; todo lo equilibra la necesidad. Hay entre los séres y las cosas relaciones de prodigio: en el inagotable conjunto, desde el sol hasta el pulgon, ninguna cosa desprecia á la otra; cada una de ellas necesita á las demás. La luz lleva á la región azul los perfumes terrestres sin saber lo que hace, y la noche reparte convenientemente la esencia estelar entre las flores dormidas. Todas las aves llevan en las patas el hilo de lo infinito. La germinación se vale lo mismo del estallido del meteoro que del picotazo de la golondrina para romper el huevo, y dirige á un mismo tiempo el nacimiento de una lombriz que el advenimiento de Sócrates. Donde termina el telescopio empieza el microscopio. ¿Cuál de los dos tiene más vista?

Una cantidad de moho es una pléyada de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas: igual es y aun más inaudita la promiscuidad de las cosas de la inteligencia con los hechos de la sustancia. Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se unen, se multiplican unos por otros, hasta el punto de hacer terminar el mundo material y mundo moral en la misma luz. El fenómeno está perpétuamente replegado en sí mismo. En las grandes transformaciones cósmicas, la vida universal vá y viene en cantidades desconocidas, arrastrándolo todo en el invisible misterio de sus efluvios, empleándolo todo, no perdiendo ni el delirio de un sueño, sembrando un germen animal aquí, desmembrando un astro allá, oscilando y serpenteando, haciendo de la luz una fuerza y del pensamiento un elemento; disolviéndolo todo, excepto en ese punto geométrico que se llama el yo; refiriéndolo todo al átomo alma; desarrollándolo todo en Dios; combinando y enlazando todas las actividades, desde la más alta hasta la más inferior, en la oscuridad de un mecanismo vertiginoso;

relacionando el vuelo del insecto con el movimiento de la tierra; subordinando acaso, aunque solo sea por la identidad de la ley, la evolución del cometa en el firmamento á las vueltas del infusorio en la gota de agua. Máquina montada por el espíritu, engranaje colosal y complicado, cuyo primer motor es el mosquito y cuya última rueda es el Zodiaco.

IV.

Cambio de reja.

Aquel jardín, creado en otras épocas para esconder los misterios del libertinaje, se había transformado en sitio á propósito para proteger los misterios de la castidad. No se veían ya allí ni cunas, ni cenáculos cubiertos, ni grutas; sombra magnífica caía como un velo por todas partes. Pafos se había convertido en Edén. Parecía que el remordimiento purificó aquel retiro; aquel ramillete ofrecía sus flores al alma. Un magistrado, con la ayuda de un jardinero; un buen hombre que se creyó ser la continuación de Lamoignon, y otro buen hombre que se figuró ser la continuación de Lenotre, le contornearon y le construyeron para la galantería; pero la naturaleza le hizo suyo despues, llenándole de sombra y habilitándole para el amor.

En aquella soledad vivía un corazón que estaba preparado. El amor solo necesitaba manifestarse; tenía allí dispuesto el templo de verdor, de yerba, de musgo, de suspiros de avecillas, de suaves sombras, de ramas agitadas, y en él un alma llena de dulzura, de fé, de candor, de esperanza y de ilusiones.

Cosette salió del convento casi niña; acababa de cumplir los catorce años: se encontraba en la "edad ingrata", y como dijimos, era fea más que bonita, exceptuando sus hermosos ojos, pero no tenía ninguna facción desgraciada; era delgada, sosa, tímida y atrevida á la vez; era, en fin, una niña grande.

Su educación estaba terminada, lo que significa que le habían enseñado religión y sobre todo devoción; historia (es decir, lo que así se llama en el convento), geografía, gramática, los participios, la lista de los reyes de Francia, algo de música y á dibujar una nariz, etc. etc. Todo lo demás lo ignoraba, lo que en una jóven constituye el encanto, pero también el peligro. No debe dejarse el alma de las jóvenes en oscuridad tan

completa, porque más adelante penetran en ella imágenes demasiado repentinas y demasiado vivas, como en una cámara oscura. Debe iluminársela suave y discretamente, más con el reflejo de la realidad que con la luz directa y fuerte; con sencillez útil y austera, que disipe los temores pueriles y evite las caídas. Solo el instinto materno, intuición admirable, que se compone de los recuerdos de la virgen y de la experiencia de la mujer, sabe cómo y de qué modo debe ser esta semiluz. Nada puede reemplazar al instinto maternal; para educar el alma de una jóven todas las monjas del mundo no valen lo que una madre.

Cosette se quedó sin la suya.

Juan Valjean la profesaba gran ternura y la rodeaba de todos los cuidados posibles, pero era un viejo que nada sabía, y para el trabajo de la educación, que prepara á la niña para la vida, se necesita saber mucho para luchar contra esa gran ignorancia que se llama inocencia. Nada como el convento prepara á las jóvenes para las pasiones; el convento dirige el pensamiento hácia lo desconocido.

El corazón, replegado sobre sí mismo, se socava, no pudiendo dilatarse, y se profundiza, no hallando expansión. De esto provienen las visiones, las suposiciones, las conjeturas, los bosquejos novelescos, el deseo de aventuras, los castillos en el aire, los edificios completos edificadas en la oscuridad interior del espíritu, que son sombrías y secretas moradas, en las que las pasiones acuden á alojarse en cuanto ven la puerta abierta que las permite entrar.

El convento es una comprensión que para dominar al corazón humano necesita durar toda la vida.

Cuando Cosette salió del Petit-Picpus nada pudo encontrar más grato ni más peligroso que la casa de la calle Plumet, que era la continuación de su soledad, pero con un principio de libertad; un jardín cerrado, pero una naturaleza vigorosa, voluptuosa y aromática; los mismos sueños que en el convento, pero viendo á los jóvenes; una reja, como allí, pero reja que daba á la calle.

Cuando entró en aquella casa era aun una niña, como ya hemos dicho. Juan Valjean la dió posesión del jardín inculto, diciéndola:—Haz de él lo que quieras. Entretenía mucho á Cosette poner en movimiento las flores, las plantas y las piedras, buscando "gusarapós"; jugaba hasta que le llegase el tiempo de

meditar; le gustaba el jardín porque encontraba insectos bajo sus piés entre la yerba, mientras se acercaba el tiempo de gustarle por las estrellas que pudiera ver entre las ramas y en las alturas.

Quería con toda su alma á su padre, es decir, á Juan Valjean, con cándida pasión filial, que convertía al buen anciano en compañero deseado y querido. Recordarán los lectores que el señor Magdalena leía mucho; Juan Valjean seguía haciendo lo mismo y había conseguido llegar á hablar bien, poseyendo la secreta riqueza y la elocuencia de la inteligencia humilde, pero verdadera, que espontáneamente se ha cultivado. No le quedó más aspereza que la justamente precisa para sazonar su bondad; era un ingenio rudo y un corazón tierno. En sus paseos en el Luxemburgo, en sus conversaciones con Cosette, la hacía largas explicaciones de todo, sacadas, ya de sus lecturas, ya de sus sufrimientos. Cuando Cosette le escuchaba, las miradas de ésta erraban vagamente.

Este hombre sencillo llenaba por completo el pensamiento de la jóven, como el jardín inculto le bastaba á su vista. Después de perseguir á las mariposas, se acercaba á él sofocada y le decía:

—Ah! cuánto he corrido! y le besaba en la frente.

Cosette adoraba á Juan Valjean y siempre iba detrás de él; como su padre no habitaba ni en el pabellón ni en el jardín, la niña se encontraba más á gusto en el patio empedrado que en el recinto lleno de flores, y en el cuartito amueblado con sillas de paja mejor que en el salón alfombrado y con sillones de gran respaldo. Juan Valjean la decía algunas veces, haciéndole sonreír la dicha de verse importunado:

—Pero vete á tu cuarto! ¡déjame solo un rato!

Entonces le reñía Cosette, dándole una de las reprensiones tiernas y graciosas que las hijas dirigen á sus padres.

—Padre, tengo mucho frío en vuestra habitación; ¿por qué no poneis aquí alfombra y estufa?

—Hija mía, hay muchos en el mundo que valen más que yo y ni tienen techo para abrigarse.

—Pues entonces, ¿por qué tengo yo lumbre en mi cuarto y todo lo que me hace falta?

—Porque tú eres mujer y niña.

—Bah! Pues qué, ¿los hombres deben sufrir el frío y pasarlo mal?

—Algunos hombres.

—Pues bien; vendré aquí con tanta frecuencia que os vereis obligado á encender lumbre.

A veces le preguntaba:

—Padre, ¿por qué comeis un pan tan malo?

—Porque me gusta, hija mía.

—Pues si insistís en comerlo, yo también lo comeré.

Entonces, para que Cosette no comiese pan negro, Juan Valjean comía pan blanco.

Cosette recordaba confusamente su infancia. Rezaba por la mañana y por la noche por su madre, á la que no había conocido. Los Thenardier quedaron en su imaginación como dos figuras repugnantes aparecidas en sus sueños; recordaba que una noche fué á traer agua de un bosque, muy lejos de París, y le parecía que hasta entonces había vivido en un abismo, del que le había sacado Juan Valjean. Al pensar en su infancia creía acordarse de un tiempo en el que no veía á su alrededor más que cienpiés, arañas y serpientes, y al reflexionar sobre esto, por la noche, antes de dormirse, como no tenía la seguridad de ser hija de Juan Valjean, imaginaba que el alma de su madre se había trasladado al cuerpo de aquel hombre, para venir á morar á su lado. Cuando él se sentaba, ella apoyaba la cabeza en los blancos cabellos del anciano y vertía silenciosamente una lágrima, diciéndose:—"Tal vez este hombre es mi madre".

Cosette, por más que esto parezca extraño, en su profunda ignorancia de niña educada en un convento, y siendo, por otra parte, la maternidad una cosa completamente ininteligible para la virginidad, concluyó por figurarse que había tenido la menor cantidad posible de madre. Ignoraba hasta su nombre; siempre que sobre ella preguntaba á Juan Valjean, éste guardaba silencio; si repetía la pregunta, respondía sonriendo; un día la niña insistió por tercera vez, y entonces la sonrisa del anciano degeneró en una lágrima.

El silencio tenaz de Juan Valjean cubría á Fantina con espeso velo. ¿Era esto en él prudencia ó respeto? Mientras Cosette fué niña, Juan Valjean le hablaba con gusto de su madre; pero cuando llegó á la adolescencia, le fué imposible seguir hablándola de ella. Creyó que no debía atreverse á tanto. ¿Obraba así por Cosette ó por Fantina? Sentía como terror religioso de introducir aquella sombra en el pensamiento de Cosette y de colo-

car entre ambos la tercera persona de la difunta madre; cuanto más sagrada era para él esta sombra, tanto más temible le parecía; cuando pensaba en Fantina le subyugaba el silencio. Entreveía vagamente en la oscuridad algo parecido á un dedo sobre una boca. El pudor de que estuvo dotada Fantina y que perdió violentamente, ¿volvió después de su muerte á posarse sobre ella, á velar, indignado, por la paz del cadáver y á guardarlo sobre la tumba? ¿Experimentaba Juan Valjean, sin saberlo, la presión de este pudor? Nosotros, que creemos en la muerte, no somos de los que rechazan esta misteriosa explicación. De ella sin duda dimanaba la imposibilidad de Juan Valjean de pronunciar delante de Cosette el nombre de Fantina.

Un día le dijo la jóven:

—Padre, esta noche en sueños he visto á mi madre, que volaba con grandes alas. Mi madre debió haber sido casi santa.

—Por el martirio, la respondió Juan Valjean.

Fuera de esto, el anciano era dichoso.

Cuando Cosette salía con él, se apoyaba en su brazo orgullosa, feliz, en la plenitud del corazón, y Valjean, viendo estas muestras de ternura tan exclusiva y tan satisfecha, sentía un placer delicioso. El pobre hombre temblaba de alegría angelical pensando que iba á durar toda la vida y considerando que ya había padecido bastante para merecer tan brillante porvenir, y daba gracias á Dios desde lo hondo de su alma por haber consentido que, siendo un miserable, le amase de aquel modo extraordinario un sér inocente.

V.

La rosa se apercibe de que es máquina de guerra.

Un día que Cosette, por casualidad, se miró al espejo, se dijo á sí misma:—Vaya! Se encontró bonita y se quedó turbada. Hasta entonces no se había ocupado de su rostro. Se veía en el espejo, pero no se miraba; además, había oído decir muchas veces que era fea y había crecido creyéndoselo, con la fácil resignación de la infancia. De pronto el espejo le decía lo mismo que Juan Valjean:—"No eres fea".

No pudo dormir en toda la noche.

—Si fuese guapa! exclamaba; cuánto me alegraría de ser guapa! Recordaba entonces á las otras educandas cuya hermosura llamaba la atención en el con-

vento, y se decía:—"Yo seré como fulanita."

Al día siguiente volvió á mirarse al espejo, pero ya no por casualidad, y dudó de su hermosura.

—Dónde tenia yo la cabeza ayer? se dijo. Soy fea.

Durmió mal, tenia los ojos encendidos y estaba pálida. No le causó gran alegría creerse bonita el día anterior, pero entonces sintió gran tristeza al no creérselo. No se miró más al espejo, y por espacio de quince días se peinaba y se vestía volviéndole las espaldas.

Por la noche, despues de comer, solia bordar en el salon ó dedicarse á alguna laborcilla de convento, y Juan Valjean leia á su lado. Una vez levantó los ojos de la labor y se quedó sorprendida al observar la inquietud con que su padre la miraba.

Otra vez, andando por la calle, le pareció que un transeunte decía detrás de ella:

—Es una muchacha linda, pero vá mal vestida.

—Bah! pensó ella; no lo dice por mí. Soy fea y voy bien vestida.

Llevaba entonces el sombrero de felpilla y el vestido de merino.

Un día, en el jardin, oyó que la tia Santos decía á Juan Valjean:

—Señor, ¿habeis observado qué guapa se vá haciendo la señorita?

Cosette no oyó la contestacion de su padre, pero las palabras de la tia Santos la conmovieron.

Salió del jardin, subió á su cuarto, corrió al espejo, al que no se habia mirado en tres meses, y lanzó un grito. Se quedó deslumbrada.

Se encontró linda y graciosa; creia lo mismo que la tia Santos y que el espejo. Tenia el talle ya formado, blanqueado el cutis, los cabellos lustrosos, y fulgor desconocido se encendia en sus ojos azules. Adquirió completamente la conciencia de su belleza en un minuto. Además, los otros lo notaban, la tia Santos lo decía y el transeunte se refirió sin duda á ella.

Bajó al jardin, creyéndose reina; oyó cantar á los pájaros, miró al cielo dorado, al sol en los árboles y á las flores en las matas, conmovida, loca, con inefable embriaguez.

Juan Valjean experimentaba tambien profunda é indefinible opresion de corazon, porque hacia ya algun tiempo que contemplaba con terror la hermosura de la mujer que aparecia, cada día más bri-

llante, en la simpática fisonomía de Cosette: aurora de alegría para todos, menos para él.

Cosette iba embelleciéndose mucho antes de que lo observaran los demás, pero desde el primer día el desarrollo gradual é imperceptible de su belleza hirió la sombría pupila de Juan Valjean. Conoció que aquello era un cambio en una vida feliz, tan feliz que no se atrevió á alterarla en nada, por miedo de perder algo en ella.

Juan Valjean, que pasó por todas las miserias; que aun le sangraban las heridas del destino; que fué casi malvado, pero que llegó á ser casi santo; que despues de arrastrar la cadena del presidiario arrastraba ahora la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida; que podia ser preso en cualquier instante y sacado de la oscuridad de su virtud á la luz del oprobio público, Juan Valjean lo aceptaba todo y benévolo lo disculpaba, lo perdonaba y lo bendecía todo, pidiendo solo á la Providencia, á los hombres, á las leyes, á la sociedad, á la naturaleza y al mundo una sola cosa: que Cosette le amase.

Que Cosette siguiera amándole! ¡Que Dios no impidiese llegar y permanecer en su corazon el corazon de aquella niña! Amándole Cosette era feliz; se creia curado, tranquilo y recompensado; era dichoso y no deseaba nada más.

Si le preguntasen:—¿Quieres estar mejor? El contestaria:—"No.". Si Dios le dijese:—¿Quieres el cielo? Responderia:—"Perderia en el cambio."

Todo lo que pudiese modificar su situacion actual, aunque solo fuese en la superficie, le hacia temblar como el principio de cosa desconocida.

Jamás supo lo que era la hermosura en la mujer, pero por instinto comprendia que era cosa terrible.

Juan Valjean, desde el fondo de su vejez, de su miseria y de su opresion, asustado, veia crecer aquella belleza cada día más triunfante; sonreia á su lado, al ver la fisonomía pura y luciente de la jóven, y exclamaba:—"Qué hermosa es! Qué vá á ser de mí?"

En esto se diferenciaba su cariño de la ternura del de la madre; lo que él veia con angustia hubiera causado el placer de la madre.

Desde el día siguiente á aquel en que Cosette se convenció de que era hermosa, puso cuidado en su tocador. Recordó que le dijo un transeunte que era linda, pero que vestia mal, y esas palabras fue-

rón el soplo del oráculo que pasó junto á ella y se desvaneció despues de haber dejado en su corazon los dos gérmenes que llenan por completo la vida de la mujer: la coquetería y el amor. La fé en su hermosura desarrolló en Cosette el alma de la mujer.

Odió el merino y se avergonzó de la felpilla.

En seguida se dedicó á estudiar la ciencia del sombrero, del vestido, de la manteleta, de los manguitos, etc.; del color que mejor sienta, en una palabra, á la ciencia que hace á la mujer parisiense seductora y peligrosa.

En menos de un mes la niña Cosette, en su Tebaida de la calle de Babilonia, fué una de las mujeres más bonitas y elegantes de Paris.

Deseaba encontrar al transeunte para ver el efecto que le producía y darle una leccion. La verdad es que era encantadora y que á primera vista sabia si un sombrero era de casa de Gerard ó de Herbant.

Juan Valjean veia con ansiedad estos estragos y comprendia que él solo podia arrastrarse, andar por tierra todo lo más, y Cosette iba adquiriendo alas. Esto no obstante, cualquiera mujer, al fijarse en el traje de la jóven, hubiera conocido que ésta no tenia madre. Cosette no observaba ciertas exigencias del decoro ni ciertas conveniencias especiales. Por ejemplo, su madre le hubiera enseñado que la jóven soltera no debe llevar vestidos de damasco.

El primer día que Cosette, con vestido y manteleta de damasco negro y sombrero de crespon blanco, se cogió del brazo de Juan Valjean, alegre, radiante, sonrosada, orgullosa y esplendente.

—Qué os parezco así? preguntó á su padre.

—Encantadora! le contestó Juan Valjean con entonacion semejante á la que daria un envidioso.

Como de costumbre fueron á pasear, y ya en casa, preguntó á Cosette:

—¿No piensas ya ponerte aquel sombrero y aquel vestido?

Estaban en el cuarto de Cosette. La jóven se volvió hácia la percha del guardarropa, de la que pendia su hábito de colegiala, y contestó:

—Ese disfraz, padre mio? Nunca volveré á usar esos trapos mal cosidos. Parezco una tarasca con ese casquete.

Juan Valjean suspiró profundamente. Desde entonces observó que Cosette, que antes no queria salir, diciendo que

en casa se divertia más, hacia ya enteramente lo contrario. En efecto, ¿de qué sirve la belleza y el traje rico y elegante si no se han de enseñar? Observó tambien que Cosette era ya menos aficionada al patio interior; le gustaba más estar en el jardin y pasearse por delante de la verja. Disgustado Juan Valjean, no ponía los piés en el jardin y permanecia en el patio como un perro.

Cosette, al saber que era hermosa, perdió la gracia de ignorarlo; gracia exquisita, porque la belleza que realza la sencillez es inefable, y nada es tan digno de adoracion como la inocencia deslumbradora, que, sin saberlo, lleva en la mano la llave del paraíso.

Mas lo que perdió en gracia inocente lo ganó en atractivo pensativo y sério. Toda su persona respiraba espléndida melancolía, impregnándose de las alegrías de la juventud, de la belleza y de la inocencia.

En esta época fué cuando Mario, despues de pasar seis meses sin encontrarla, la volvió á ver en el Luxemburgo.

VI.

Empieza la batalla.

El destino, con paciencia misteriosa y fatal, aproximaba lentamente á Mario y á Cosette, á estos dos seres desfallecidos y cargados ambos de la tempestuosa electricidad de la pasion; á estas dos almas que encerraban el amor como las nubes llevan el rayo, y que debian encontrarse y confundirse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Se abusó tanto de las miradas en las novelas eróticas, que se ha llegado al extremo de concederles poca importancia, y apenas hay novelista que se atreva hoy á decir que dos seres se han amado porque se han mirado; y sin embargo, así es como se ama, únicamente así. Lo demás no es más que lo demás y viene despues. Nada es tan real como las grandes sacudidas que se producen dos almas al cambiar esa chispa.

En el instante en que Cosette, sin saberlo, dirigió aquella mirada que turbó á Mario, éste no sospechó que dirigió otra mirada que turbó tambien á Cosette, produciéndola el mismo mal y el mismo bien.

La niña hacia ya tiempo que lo veia y lo examinaba como las jóvenes ven y examinan mirando á otra parte. Mario encontraba aun fea á Cosette cuando